

ALARMA EN USA





Los jóvenes adictos, que generalmente empiezan por las píldoras, pasan con frecuencia a los inyectables, que ellos mismos se administran. Arriba, el arresto de Benjamin W. Curry, de veintidós años, usuario habitual de barbitúricos; su detención tuvo lugar en West Orange (Nueva Jersey), y fue efectuada por el capitán Elmer W. Parldy —a la derecha— y tres detectives, en un bar de los que expenden comidas rápidas.

DROGAS "A GOGÓ"

LAS hay en todas partes —dijo el muchacho—; en esta ciudad las usan muchos chicos. A mí me han intentado convencer en decenas de ocasiones. Una vez, para librarme de varios de ellos que insistían constantemente, llegué a tomar unas píldoras, pero

SIGUE

no me gustaron. También he probado en cierta ocasión el *pot* (marihuana), pero tampoco lo encontré interesante.»

Quien así hablaba era un muchacho de dieciocho años, James R., que vive en White Plains, uno de los barrios más elegantes y florecientes del Condado de Westchester, en las afueras de Nueva York. James es hijo de un hombre de negocios. La familia vive en una lujosa casa rodeada de álamos.

—Hace pocos años —prosiguió—, mis padres se trasladaron a vivir aquí porque se decía que los suburbios eran beneficiosos para los muchachos. Pues bien, antes de mi llegada no había visto nunca las drogas. En esta región abunda el dinero, se puede decir que lo tenemos todo. Sin embargo, las drogas circulan con una facilidad asombrosa, arruinando física y moralmente a una gran parte de los chicos que viven aquí.

El problema es trágico y sus resultados aterradores. A pesar de ello, mucha gente lo desconoce precisamente por el cuidado que ciertas personas han puesto en silenciarlo. Cada día es más creciente la afición a las drogas por parte de los adolescentes y jóvenes de buenas familias que habitan en estas ciudades residenciales. La mayoría de las veces, estos muchachos toman las drogas en fiestas, para evitar que sus amigos les califiquen de «gallinas». Otros, como estimulantes, y, los más, para sentir «sensaciones nuevas». Los que llegan a aficionarse a ellas, viven en un tormento constante. Al placer momentáneo siguen verdaderas rachas de depresión. La mayoría se sienten amenazados constantemente, tienen miedo de la policía, de sus maestros, de sus padres. Cuando el vicio se convierte en necesidad, contraen

nes detenidos por esta causa. Algunos de estos muchachos proceden de hogares acomodados. Aprovechan la ausencia de sus padres para beber, tomar píldoras y, poco a poco, iniciarse en la marihuana y la heroína. Recientemente, en un elegante suburbio de Los Angeles, la policía hizo una redada en una fiesta juvenil organizada durante las vacaciones de los padres. La edad media oscilaba entre los quince y los diecisiete años. Al vaciar en la comisaría sus bolsos, los productos anticonceptivos cubrieron la mesa del *sheriff*. Al otro lado del país, en el condado de Nassau, de Nueva York, la policía detuvo a un traficante de heroína y a una joven acusada de tener un «*shooting pad*» (un apartamento donde se administran los narcóticos). Después se detuvo a diez jóvenes que habían frecuentado la casa y sólo se consiguió que éstos declarasen contra los acusados, cuando se les garantizó que el juicio se celebraría a puerta cerrada y sin ningún testigo.

Un medio muy utilizado por estos jóvenes de honorables familias es el de aparcar su coche en un sitio solitario, cerrar bien todas las ventanillas, para inhalar todo el humo posible, y encender el pitillo de marihuana. Hay lugares especialmente elegidos que cuentan con un número seguro de clientes asiduos.

La policía mantiene una lucha sorda contra el uso de estupefacientes. En algunos suburbios, se dan conferencias a los estudiantes de las Escuelas Superiores, se persigue tenazmente a los traficantes, se registra a los jóvenes en plena calle y hasta se ha llegado a intervenir las líneas telefónicas.

Lo que relato a continuación me lo refirió un chico de dieciséis años que vive en Essex Country, el barrio de moda de Nueva Jersey. «Conozco por lo menos a cin-

DROGAS "A GOGÓ"



El *sheriff* de Westchester County —Nueva York— da conferencias una o dos veces por semana en los centros de enseñanza a los que acuden muchachos de doce a diecisiete años, en las que les enseña a distinguir las drogas y les alecciona sobre los perniciosos efectos que producen sobre los jóvenes...

deudas con los *pushers* (individuos dedicados a la distribución de las drogas) y entonces comienza su obsesión más fuerte: temen que aquellos los maltraten cuando no consiguen reunir el dinero que les exigen, pero a pesar de ello rechazan la idea de acudir a las organizaciones existentes para el tratamiento de los toxicómanos.

Hay otra faceta en estos jóvenes esclavizados: muchos de ellos creen que morirán como resultado de su afición a las drogas. Algunos lo llegan a manifestar, y, efectivamente, cada vez es mayor el número de víctimas por haber ingerido dosis excesivas. Según las estadísticas oficiales, se produce una muerte cada mes. El peligro radica principalmente en el poderoso atractivo que las drogas ejercen sobre estos jóvenes emocionalmente inmaduros. Para ellos, las drogas son la última moda, la condición indispensable para unirse al grupo que siempre figura en cabeza. Por lo general, muchos de estos adolescentes lo han probado ya casi todo: la bebida está pasada de moda; la sexualidad se considera como algo normal; las fiestas desenfundadas y las peleas en los bares no despiertan ya más que un interés momentáneo; ahora lo que *priva*, tanto en un sexo como en otro, es el uso de los estupefacientes.

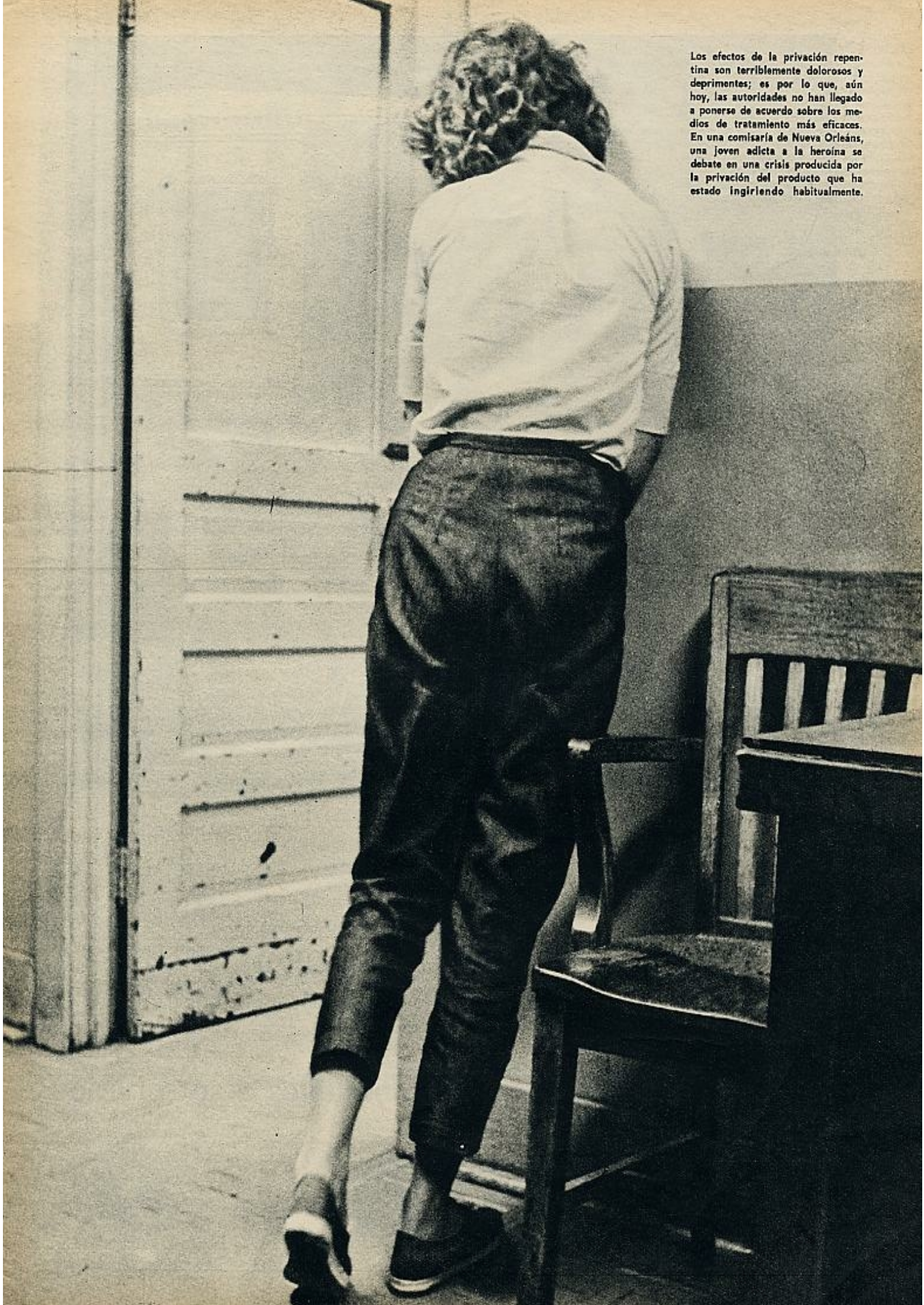
En los dos últimos años, las autoridades de Florida, Maryland, Texas, Pennsylvania, Missouri y Kentucky, han advertido un considerable aumento en el consumo de las drogas por parte de la clase media. Pero el problema se agudiza extraordinariamente en los suburbios elegantes de las grandes ciudades: Nueva York, Los Angeles, Chicago... En el condado de Los Angeles había, en 1962, más de mil jóve-

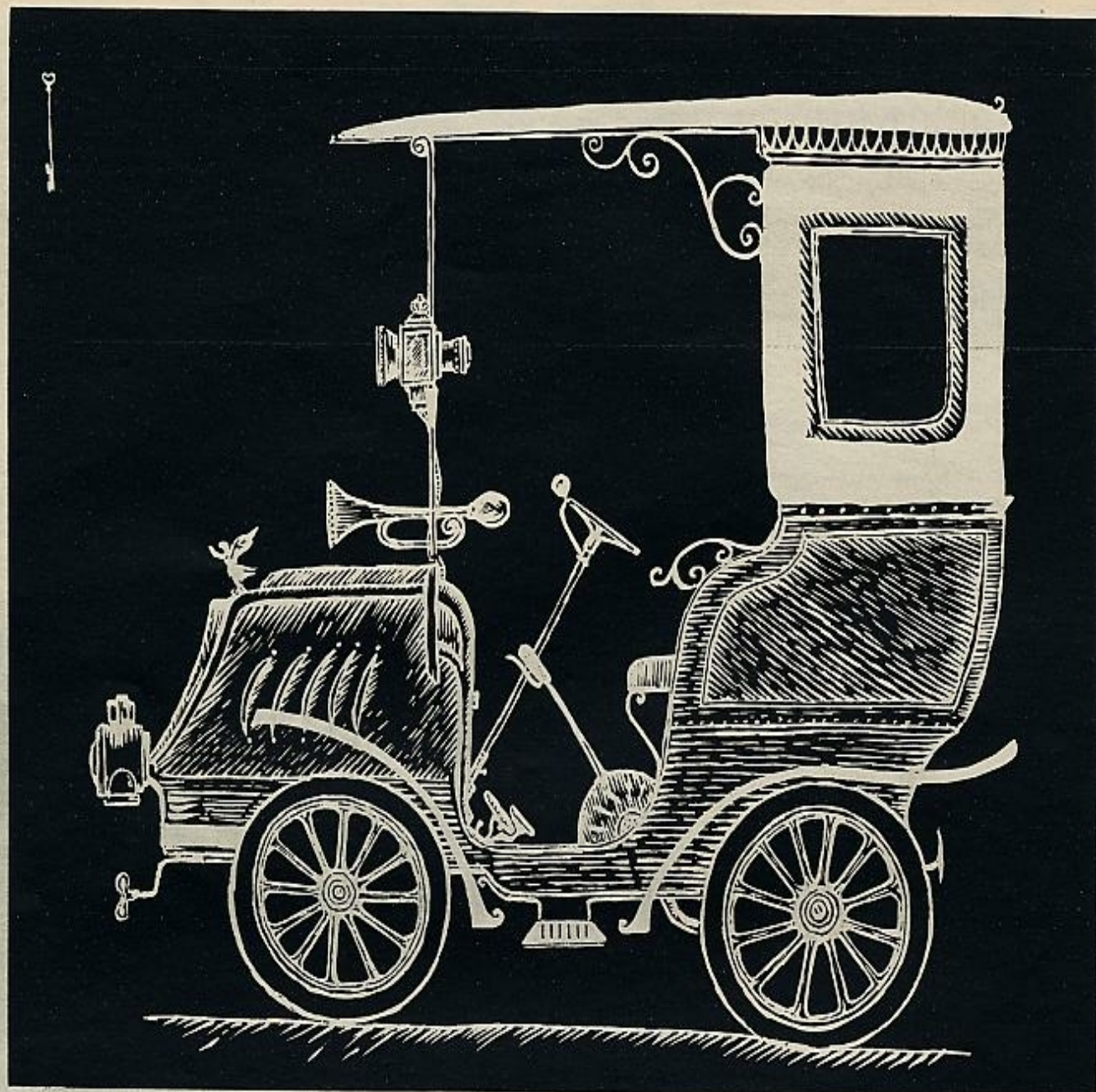
cuenta muchachos de la Escuela Superior aficionados a las drogas. La mayoría de ellos toman píldoras, pero también los hay que se dedican a la aguja (heroína). Los he llegado a ver en clase dormidos, pero el maestro no hace nada, ni siquiera informa al director; no quieren meterse en complicaciones. Y no son sólo los maestros los que ignoran deliberadamente el problema; los propietarios de terrenos también se encargan de evitar que se hable de ello; iría en contra de su negocio, y la policía no quiere, en muchos sitios, ni oír hablar del asunto. Afirman que el problema no existe en su ciudad. La verdad es que no se quiere ver el problema, incluso ni siquiera por el Negociado Federal de Drogas. Este organismo afirma que hay de 60.000 a 100.000 adictos en los Estados Unidos, la mayoría de ellos concentrados en Nueva York, Los Angeles, Chicago y Detroit. Sin embargo, otros expertos aseguran que el número de adictos, sólo a los barbitúricos, excede de los 250.000, además de los cientos de miles de personas que emplean marihuana y narcóticos. Por otra parte, las pocas estadísticas existentes demuestran bien a las claras el constante aumento que se ha experimentado en estos últimos años. En el condado de Nassau se practicaron, en 1961, veinte detenciones de jóvenes menores de veintiséis años. El año pasado, el número se elevó a ciento doce detenciones.

En el condado de Westchester se practicaron veinticinco detenciones en 1955; el año pasado el número de detenidos se multiplicó por diez: hubo 268. En el condado de Fairfield (Connecticut) se abrió un establecimiento para la lucha

SIGUE

Los efectos de la privación repentina son terriblemente dolorosos y deprimentes; es por lo que, aún hoy, las autoridades no han llegado a ponerse de acuerdo sobre los medios de tratamiento más eficaces. En una comisaría de Nueva Orleans, una joven adicta a la heroína se debate en una crisis producida por la privación del producto que ha estado ingiriendo habitualmente.





Olimpiada de Tokio y Feria Mundial de Nueva York . . .	38 días de viaje Salida: septiembre, 25	140.230 pts.
Feria Mundial de Nueva York	18 días de viaje Salida: julio, 6	49.500 pts.
Italia y Grecia.	32 días de viaje Salida: julio, 31	30.500 pts.
Londres popular	16 días de viaje Salida: agosto, 7	12.000 pts.
Italia popular	21 días de viaje Salida: julio, 31	14.400 pts.
Europa popular	19 días de viaje Salida: julio, 14	12.400 pts.

..y nuestras 450 agencias mundiales a su servicio

WAGONS LITS // COOK

solicite nuestro folleto viajes 1964



contra las drogas. Cuando este centro abrió sus puertas, en octubre de 1962, la policía dijo a los funcionarios que había solamente unos cincuenta adictos a la heroína en aquella zona. Un año más tarde, más de setenta jóvenes que se inyectaban, acudieron voluntariamente al centro para ser tratados. Una de las condiciones de ingreso consiste en que cada paciente ha de facilitar una lista de nombres de conocidos suyos que tomen o que hayan tomado drogas en alguna ocasión. Algunos de estos muchachos llegaron a dar hasta ciento cincuenta nombres. Cierta que muchos de ellos se repetían, pero en total se localizó a varios centenares de personas, habituales de los estupefacientes.

Lo que se está tratando de averiguar es el medio de que se valen estos «toxicómanos de suburbio» para iniciarse en el hábito de las drogas. Algunos de ellos empiezan a la edad de catorce o quince años, aunque los casos más frecuentes, y los más peligrosos también, se dan en jóvenes comprendidos entre los dieciséis y los veinticinco años. Muchas veces el hábito se inicia después de haber pasado alguna enfermedad, generalmente los catarros, que ha sido tratada con medicamentos en cuya composición figuran los narcóticos y se pueden adquirir en las farmacias sin receta médica. Un chico de diecisiete años, residente en Westchester, nos ha comentado cómo se inició él: «Comencé hace tres años y medio con medicinas contra el catarro, luego pasé a los barbitúricos y más tarde a la heroína. Algunos de mis amigos tumaban este tipo de medicinas y yo decidí imitarles. En un principio bebía tres cuartos de botella al día para estimularme. Al poco tiempo llegué a beber hasta tres botellas diarias. Llegó un momento en que la medicina contra el catarro no producía en mí el menor efecto y por eso pasé a los barbitúricos. Estos me costaban seis dólares al día, aunque los obtenía baratos, a razón de quince céntimos cada pildora. Luego pasé a la heroína. Primero tomaba la tercera parte de un paquete de cinco dólares al día. Más tarde aumenté la dosis hasta un paquete y poco después hasta dos paquetes. La quinta vez que tomé heroína lo hice inyectándome directamente en la vena».

Uno de los aspectos más asombrosos de este «affaire» es la facilidad con que los jóvenes pueden adquirir las drogas.

—Es tan fácil como beber agua —contaba un adolescente en un suburbio de Los Angeles—, no hay ninguna dificultad para conseguirla. Es seguro que la mayoría de los muchachos de las escuelas pueden encontrarla rápidamente. Las pildoras se consiguen muy fácilmente y algunos adictos las prefieren a los narcóticos fuertes. Anualmente se fabrican en los Estados Unidos diez mil millones de anfetaminas y barbitúricos; se ha llegado a comprobar que la mitad de la producción va a parar al mercado negro.

Para conseguirlas basta con detenerse en determinadas esquinas. Inmediatamente se aproximará un traficante y en pocos segundos efectuará la transacción. En los Angeles, cualquier joven puede marear en automóvil hasta la frontera mejicana y convertirse en traficante sólo con cincuenta dólares. Allí el tráfico de marihuana y heroína se realiza abiertamente; los vendedores se le acercan para ofrecerle «muchachas, fotografías pornográficas y drogas». En los fines de semana es prácticamente imposible registrar las largas filas de automóviles que se forman, y así el muchacho de los cincuenta dólares puede convertirlos fácilmente al llegar a Los Angeles en mil quinientos o incluso más. Hay ocasiones en que la policía sigue a estos jóvenes y cuando consiguen detenerlos, se comprueba que, en las prisas por desembarazarse de las pruebas de su culpabilidad han ingerido diez, veinte o treinta pildoras. Recientemente, uno de ellos se «tragó las pruebas» en un suburbio de Nueva Jersey y se desmayó. Cuatro días más tarde se despertó en una playa a ochenta kilómetros de distancia de su casa. No consiguió averiguar cómo había llegado hasta allí. Cuando las drogas son caras, incluso el toxicómano de los barrios elegantes, con abundante dinero en los bolsillos, tiene que recurrir al delincuente común para satisfacer su vicio. En muchas ocasiones, la policía atribuye del 30 al 80 por ciento de los delitos locales a la afición a las drogas.

—¿Cuánto gastas en drogas cada día? —se preguntó hace poco a un joven de dieciocho años, aficionado a la heroína.

—Tal vez veinte dólares.

—¿Cómo consigues tu dinero?

—Robo. Pero nunca en casas particulares; prefiero los almacenes o las estaciones de servicio.

—¿Qué haces con los objetos que robas?

—Se los vendo a ellos...

Otro joven que actualmente está en un centro para rehabilitación de toxicómanos nos cuenta su experiencia:

«El adicto de clase superior recibe el dinero de sus padres para pagar su vicio. Todavía no he visto un adicto de buena familia que no reciba el dinero de sus padres. Quizá éstos, al principio, no sepan que lo emplea en drogas, pero es seguro que al final lo descubren. En mi casa me dejaron hacer todo lo que yo quería. Mi padre debió darme una paliza a tiempo, pero no lo hizo. Yo no sentía el menor escrúpulo en llenar docenas de cheques falsificando el nombre de mi madre, sabía de sobra que ella los avalaría después. En una ocasión pedí descaradamente dinero para drogas y me lo negaron. Entonces robé, me detuvieron y mi nombre salió en los periódicos. Apenas me sacaron de la prisión, bajo fianza pagada por mi padre, éste me dio el dinero que quería. Aquello parecía significar: «Cómprate la droga si quieres, pero evita que tu nombre salga en los periódicos». La diferencia entre el vicioso de los barrios bajos y el rico es ésta: el pobre roba en los supermercados, el muchacho rico roba a sus padres».

Si hay una pauta apreciable en el cuadro de los toxicómanos suburbanos, ésta se refiere más a los padres de los adictos que a ellos mismos. En la mayoría de los casos, aquellos no niegan nada a sus hijos, generalmente por despreocupación. Respuestas como estas son frecuentes en los padres de los muchachos habituados a las drogas:

«No sé quiénes son los amigos de mi hijo, ni a dónde va por la noche»; «Desde hace años no he sabido lo que pensaba mi hijo»; «Parecía que no hablábamos el mismo lenguaje»; «Llevamos una vida social muy activa, creíamos que parte del proceso del desarrollo de un muchacho consistía en que éste pasara mucho tiempo con sus amigos; nunca pudimos sospechar que se aficionase a las drogas».

Hay ocasiones en que los padres no quieren aceptar la idea de que su hijo tome drogas; otras, en las que el padre, a sabiendas del vicio de su hijo, se niega a decirselo a su esposa. Muchos se sienten avergonzados, con un tremendo complejo de culpabilidad, y desde luego más inquietos que el propio muchacho. Uno de los mitos en las drogas es que el toxicómano siempre procede de un hogar desunido, **SIGUE** pero realmente no es así.

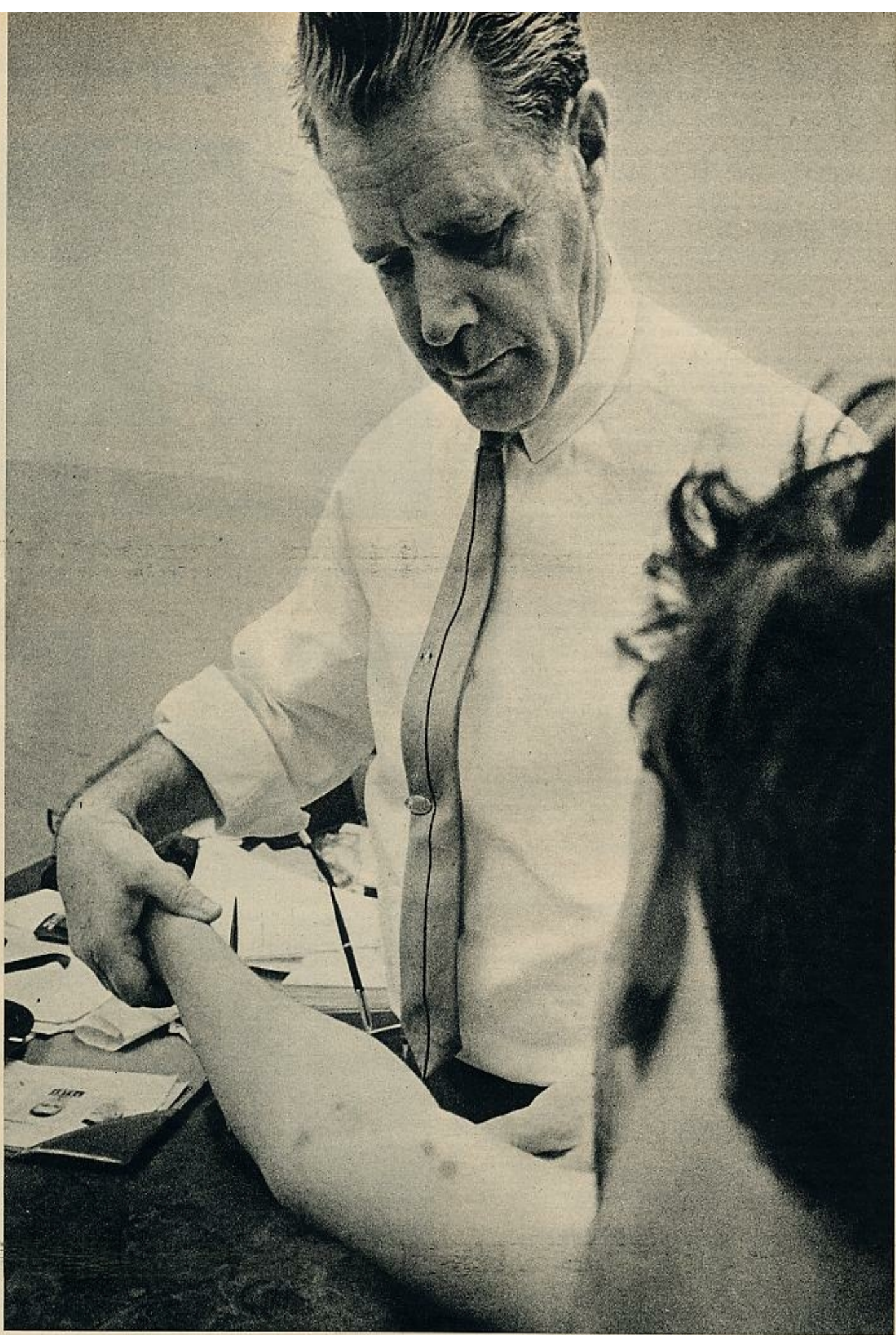
DROGAS "A GOGÓ"



John E. Hoy, el sheriff de Westchester County, muestra los diez sacos de heroína intervenidos en Yonkers durante una batida en la que uno de los dirigentes de «Cosa Nostra», Valachi, fue arrestado. Los sacos, que se guardan en la caja fuerte de un banco, están valorados en 5.500.000 dólares.



La policía registra al joven arrestado en West Orange, Benjamin W. Curry, por tráfico y consumo de drogas. Los adictos suelen esconder su preciosa mercancía en los lugares más insospechados y de más difícil acceso, ayudados por su pequeño volumen y la facilidad de su ocultación en la vestimenta usual.



Las marcas de las inyecciones son claramente visibles en el brazo de un joven usuario de drogas sometido a examen por el capitán Palardy. El resultado del interrogatorio no hará sino confirmar las sospechas de las brigadas especiales, sospechas que, por otra parte, no necesitan de confirmación ante la evidencia.

DROGAS "A GOGÓ"

En realidad, y pese a las muchas teorías existentes, los expertos no logran averiguar con exactitud cuáles son las verdaderas causas del vicio ni el procedimiento para curarlo y, menos aún, por qué razón el empleo de drogas aumenta de día en día en estas zonas residenciales...

—Los grandes movimientos de población van asociados a grandes desórdenes psiquiátricos. Y estamos presenciando la marcha de las gentes de las ciudades a los suburbios. Vivimos una época en que los hombres, especialmente los jóvenes, buscan experiencias y emociones extrañas; en lugar de enfrentarse con la realidad, prefieren meterse una píldora en la boca: es un medio de recuperar la sensación de seguridad y satisfacción en nuestra sociedad...

En estos términos se expresan las autoridades competentes en la materia. Pero, sea cual sea la explicación, el hecho es que los suburbios americanos se enfrentan ahora con un problema que ya no pueden ignorar. Ahora bien, ni los métodos de tratamiento y las instalaciones para ello resultan adecuados, ni muchos de los organismos encargados de hacer cumplir la ley se muestran lo suficientemente capaces o interesados en detener la difusión de la droga. Algunos departamentos de policía suburbanos se encogen de hombros ante el problema. No sólo muchas familias intentan echar tierra a los casos que conciernen a sus hijos adictos, sino que, además, gran número de gangsters se han trasladado a los suburbios elegantes en los últimos tiempos; su influencia, naturalmente, se deja sentir... Hace pocos años se produjo uno de los más importantes casos relacionados con la droga en Yonkers, en las afueras de la ciudad de Nueva York. La policía se apoderó de una cantidad de heroína valorada en más de 300.000.000 de pesetas, en un camión que pertenecía a una de las personalidades del hampa, establecida en el cercano Mount Vernon. Se detuvo a veintidós hombres, entre ellos a Joseph Valachi, célebre más tarde al decidirse a hablar a las autoridades federales de la organización «Cosa Nostra».

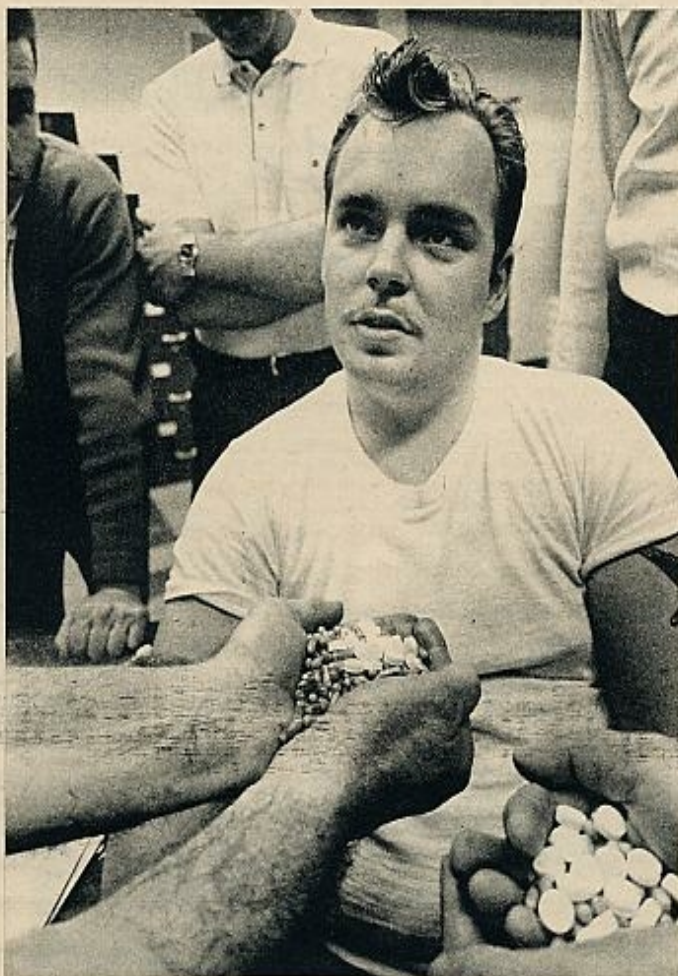
El problema sigue en pie. Autoridades y médicos no logran ponerse de acuerdo sobre la mejor manera de suprimir el hábito. El adicto puede ser enviado a prisión y sufrir el tratamiento del «pavo frío», consistente en la repentina y total supresión de la droga; puede ser hospitalizado y seguir un tratamiento progresivo, cosa que la mayoría temen y evitan... Recientemente, en los Estados de Nueva York y California, se ha comenzado a experimentar lo que se llama «el compromiso civil»; de acuerdo con este programa, el adicto puede prestarse voluntariamente al tratamiento en un establecimiento especializado, sin que se formulen acusaciones contra él. Algunas autoridades tienen puestas grandes esperanzas en el procedimiento, pero todavía no se ha empleado lo bastante para poder sacar conclusiones válidas acerca de su valor. En realidad, si se quiere llegar a un auténtico progreso en este camino, ha de empezarse por las comunidades y por el individuo. Cada vez son más los dirigentes de comunidades residenciales que se dan cuenta de que el problema del empleo de las drogas por jóvenes y adolescentes existe, de que va agudizándose y de que con ignorarlo no se resuelve nada.

—Gran número de personas empiezan a hablar claro y a considerar qué es lo que debe, o no debe, hacerse con los muchachos que toman drogas —dice un maestro de escuela del condado de Westchester—. Y bien, algo hay que hacer; y pronto... antes de que la situación nos ahogue a todos...

ROBERT P. GOLDMAN

(Fotos LYNN PELHAM)

(Un reportaje de AGENCIA ZARDOYA, exclusivo para TRIUNFO)



Curry, a pesar de que se le mostraron más de cuatrocientas píldoras e inyectables encontrados en su coche, se negaba a reconocerse culpable. Fue sometido a una serie de «tests» médicos y de coordinación, que debían demostrar, en su caso, si estaba bajo la influencia de la droga. Resultó que, en efecto, era así.



Tras los policías que, junto al capitán Palardy, interrogan al sospechoso, armas confiscadas a adictos y revendedores.

